

E. MIRET MAGDA LENA

HACE cincuenta años, a los creyentes se les proponía sólo una meta: la salvación en la otra vida; sobre todo a los desgraciados y a los marginados.

El que sufría de algún mal físico, el agobiado por la vida, el preterido por los privilegiados, el considerado como inferior social, sabía que necesitaba aceptarlo todo resignadamente, porque cuando muriese le esperaba por fin el festejo que en esta vida no había podido disfrutar.

A principios de siglo —en el año 1901—, el canónigo Arboleya fue invitado a hablar un día a los obreros de las minas que poseía el "santo" marqués de Comillas. Este marqués, con otros muchos católicos "sociales" españoles, propugnaba, entre otras cosas, que las asociaciones obreras debían estar dirigidas por los patronos católicos —según estos últimos, los únicos bien formados—, creyéndose que así contrarrestaba, junto con estos católicos "sociales", la ola del socialismo creciente que invadía España, cumpliendo además con ello el Evangelio deformado que le habían enseñado los clérigos que le rodeaban.

Pero la predicación auténticamente social de Arboleya no gustó a los jefes de los mineros, y pronto contrataron a un cura de confianza para contrarrestar al arriesgado canónigo. El mismo Arboleya lo cuenta así: "Poco después, un notable orador sagrado ovetense predicaba a los obreros del Aller, en la hermosa iglesia de la sociedad, un triduo de sermones encaminados principalmente a demostrar que es necesario sufrir en este mundo para gozar en el otro" (D. Benavides: El fracaso social del catolicismo español. Nova Terra, 1973).

"Es necesario sufrir en este mundo para gozar en el otro". Me recuerda esta frase la tesis del literato católico francés Paul Bourget, que tanto éxito tuvo entre los católicos "avanzados" de principios de siglo. En su novela Némesis predicaba algo muy semejante: la compensación de todos los excesos. Al que le falte algo, que tenga paciencia, porque a la larga le vendrá, y si no lo obtiene en esta vida, lo obtendrá en la otra.

Parecía en vías de superación esta postura; pero ante los problemas agudos, que tanto afectan a los hombres de nuestro tiempo, empieza a surgir de nuevo la tentación compensadora: "es necesario sufrir en este mundo para gozar en el otro".

Quienes esto decían, y vuelven a repetirlo ahora, son clérigos o seglares que viven bien resguardados por su situación de privilegio. A estos clérigos y seglares les garantizará el Salvador la felicidad en la otra vida, además de la buena parte que de ella tuvieron ya aquí. Es este un caso en el que la compensación no funciona rigurosamente. Dios, dicen, es tan misericordioso que también hará felices a estos beneméritos del privilegio que llevan el nombre de cristianos, que unen a la gracia de esta vocación tan provechosa la de su "buena" formación y la

de sus "rentables" obras humanas, que, según ellos, son claro signo de Dios, como se dice que pensaron los calvinistas fautores del capitalismo europeo.

Volvemos a lo de siempre: el enemigo de la libertad —en España todavía se oye demasiado a éstos en público— pide a los que son demócratas de corazón, y que en demasiadas ocasiones no pueden serlo de otro modo, que cuando les venga el turno concedan la libertad que aquéllos no quieren dar, para conseguir, cuando esta libertad amplia exista, usarla ellos para excluirnos a los demás, ya que se sienten en posesión plena de la verdad humana y divina que tanto les favorece a ellos. Lo mismo ocurre con el que es enemigo de la igualdad: predica una verdad religiosa que sólo a él beneficia, lo

¿DONDE PONER NUESTRA ESPERANZA?

mismo en este mundo que en el otro, y que nada le aporta, en esta ciudad terrena, al que no vive tan arriba como él.

Al leer en la Prensa análisis tan sinceros de nuestra sociedad española como el publicado recientemente por Juan Luis Cebrián en Informaciones, los retrogrados de nuestro suelo —que no sólo son las ultraderechas— van a empezar a airear nuevamente el mecanismo psicológico de la evasión compensatoria: o el más profano del "panem et circenses", que ya va teniendo menos eficacia entre nosotros; o el más religioso del "es necesario sufrir en este mundo para gozar en el otro". Y no serán pocos los que en su inseguridad caigan en el nuevo cepo "espiritualista", no sólo dentro del catolicismo, sino también fuera de él, haciendo bandera de este engaño piadoso que les contenta infantilmente, y al mismo tiempo les incapacita para renovar o modificar lo que hay que cambiar en la sociedad.

Seguidores en España de un orientalismo de mal agüero que sólo se preocupan de sí mismos y de su autoengaño tranquilizador, sus ejercicios espirituales de meditación, concentración y entusiasmo religioso no les sirven para hacerse hombres más sociales, sino unos marginados voluntarios de los problemas concretos de la sociedad. O también lo son los cristianos de un nuevo "milenario", que haciendo asco de toda organización libre e igualitaria de este mundo conseguida por los hombres, todo lo esperan de una llegada espectacular de Cristo, que arregle todas las cosas sin colaboración de los hombres, quienes sólo deben resignarse aho-

ra y predicar para más tarde, el fin de los tiempos, en el cual ellos serán triunfadores por arte de magia espiritual.

No; no es este el auténtico mensaje que deben dar las religiones y las espiritualidades en nuestro tiempo. La "escatología", la enseñanza del "más allá" es —según el verdadero cristianismo— la de un "más allá" que comienza en medio de nuestras propias vidas, y no en el cielo de ángeles y cítaras que nos enseñaron de niños pequeños, para hacernos sumisos a los caprichos de los mayores. No hay por qué posponer nuestros anhelos terrenos, y proyectarlos en el firmamento religioso de las religiones de esclavos materiales o psíquicos. Debemos hacer un denodado esfuerzo por vivir la inquietud transformadora de todas las cosas, pequeñas o grandes, en esta vida.

El gran tema de la Resurrección no es para el cristiano la de un premio que se nos da como la bola de chicle espiritual que sale del aparato donde hemos echado una moneda religiosa, es algo muy diferente: es la consecución, con el esfuerzo de todos los hombres, de un mundo nuevo y mejor, de una sociedad más humana y más satisfactoria para todos; es el acicate para poner nuestro grano de arena, o para la construcción del edificio social que necesitamos o para hacer chirriar el engranaje que está desfasado. Todo este montón de arenillas sabemos los creyentes que no se perderá, y que aunque nosotros no lo veamos será eficaz para los que vengan después, y al final, todos disfrutaremos conjuntamente de lo que hayamos construido paso a paso nosotros mismos en el transcurso del tiempo. Por eso es tan eficaz construir el mundo actual.

La lástima es que haya quienes, por su liberada voluntad de freno y su falta de visión de las necesidades del porvenir, voluntad y visión anacrónicas, porque sólo se inspiran en el pasado, impidan actuar a la fuerza de la historia y sigan manteniendo sin cambio en el mundo de hoy unos criterios sociales que no sólo no nos van a muchos ya maduros, sino que ciertamente no le van a la juventud.

¿Por qué no meditamos todos, creyentes y no creyentes, en la fuerza de transformación que debe ser el cristianismo vivo del Evangelio?

Los creyentes, para animarnos a no caer en la evasión, por más que ésta nos tienta, ya que es el peligro que existe en el descomulgado mundo actual; debemos por ello los cristianos hacer un esfuerzo serio, desvelando los engaños que surgen a nuestro alrededor. Y los que están apartados de la creencia no deben sentirse hombres aislados en este suelo nuestro de tanta tradición religiosa ambigua, sino en unión con la dignidad del cristianismo y en desunión con la indignidad de los cristianos que han enarbolado el falso estandarte del egoísmo espiritual.